

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

(LOS PEDIDOS Á D. VICTORIANO SUÁREZ)

	Pescetas.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (sexta edición), un tomo en 8.º . . . . .	3
RIPIOS ACADÉMICOS (tercera edición), un tomo en 8.º . . . . .	3
RIPIOS VULGARES (segunda edición), un tomo en 8.º . . . . .	3
RIPIOS ULTRAMARINOS (primero, segundo y tercer montón, segunda edición; el cuarto montón nuevo), cuatro tomos en 8.º . . . . .	12
(Se venden separados.)	
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición), cuatro tomos en 8.º . . . . .	12
(Se venden separados.)	
DESTROZOS LITERARIOS, un tomo en 8.º . . . . .	3
AGUA TURBIA (novela), un tomo en 8.º . . . . .	3
LA CONDESA DE PALENZUELA (novela).—¡A BUEN TIEMPO! (íd.)—INCONSECUENCIA (íd.)—LA PRUEBA DE INDICIOS (íd.)—METAMÓRFOSIS (íd.)—Estas cinco novelas en un solo volumen con el título de NOVELAS MENORES.	3
CAPULLOS DE NOVELA (segunda edición), un tomo en 8.º . . . . .	3
AGRIDULCES POLÍTICOS Y LITERARIOS, dos tomos en 8.º . . . . .	6
(Se venden separados.)	
REBOJOS (zurrón de cuentos humorísticos), un tomo en 8.º . . . . .	3
HISTORIA DEL CORAZÓN (idilio), tercera edición, agotada.	
DON JOSÉ ZORBILLA (biografía crítica) . . . . .	1
PEDRO BLOT (traducción de Paul Feval) . . . . .	2
LA IGLESIA Y EL ESTADO (traducción de Liberatore), agotada.	
CUENTOS DE AFEITAR (en colaboración), edición ilustrada.	2
SOBRE EL ORIGEN DEL RÍO Esla (con un mapa) . . . . .	2

### EN PRENSA

RIPIOS GEOGRÁFICOS.

### EN PREPARACIÓN

EL BEATO JUAN DE PRADO.  
IMITACIÓN DE CRISTO, de Kempis, traducción del latín.  
RATONCITO NOSEMÁS, novela.  
FE DE ERRATAS, tomo V.  
DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA.

# RIPIOS ULTRAMARINOS,

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

*...carmine fado splendida facta  
vivunt.*

HORACIO.

(MONTÓN 4.º)

100862



MADRID: 1902

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ,

Calle de Preciados, 48.

34522



868  
Y.



PQ7082  
.P7  
V3  
v.4

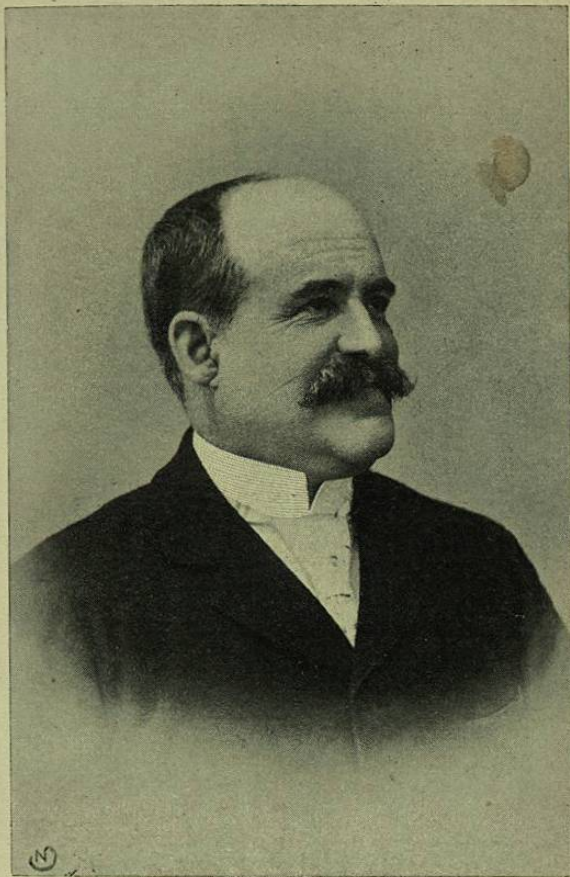
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Establecimiento tipográfico de Idamor Moreno Cruzado,  
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 8.090.



*Antonio de Valbuena*



# RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN CUARTO

---

## I

La carta aquella de Minatitlan que, con sus blandas solicitudes y su adjunta remesa de versos malos, me determinó á empezar esta colección de RIPIOS ULTRAMARINOS y me sirvió de exordio para el montón primero, ha servido también de ejemplar y norma para otras muchas cartas sobre el mismo asunto.

Porque, efectivamente, á imitación de aquellos tres amigos de Minatitlan, otros muchos americanos amantes de la poesía y del buen gusto literario, me han escrito luego cartas semejantes animándome á continuar la obra empezada y enviándome para ello buena y abundante materia, verdaderos faros de versos ripiosos.

Entre estas cartas, que corresponden á di-



versas regiones de América, hay una de El Tocuyo (Venezuela), que es como sigue:

(Hay un membrete.)

«El Tocuyo, 5 de Setiembre de 1896.

»Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

»Muy señor nuestro: Usted con sus sabias y regocijadas críticas (es favor, muchas gracias) está haciendo un importantísimo servicio, no sólo á las letras de esa nación, sino también á las americanas. Y como en los *montones* de RIPIOS ULTRAMARINOS que van publicados no figura ningún poeta venezolano, nos permitimos remitirle una buena cantidad de recortes donde hallará usted ripios á porrillo. ¡Ojalá zarandeara usted á tanto poeta cursi!

»Si usted consagra íntegro un *montón* á los poetas venezolanos, creemos que se agota aquí la edición en seguida. Tanto es el interés con que por acá se leen y celebran sus deliciosas críticas. (Vuelvo á dar las gracias.)

»En recompensa de este envió le suplicamos que nos remita dos ejemplares del tomo.

»Anticipándole las gracias, nos suscribimos de usted respetuosos ss. q. b. s. m.—(Siguen dos firmas.)

¿Cómo ni por qué iba yo á desairar á los dos señores firmantes de esta carta?

Nunca pensé en ello.

Al contrario, desde luego formé intención de complacerles haciendo un cuarto montón de RIPIOS ULTRAMARINOS, intención que ahora voy á poner por obra.

No irá todo él, como proponen y desean los amables comunicantes, consagrado á los *poetas* venezolanos, pero tendrán éstos en él buena parte.

Comenzando por Julio Calcaño, cuya lucubración venía la primera en el paquete.

Este vate, académico de la correspondiente de allá, pertenece á una especie de dinastía de Calcaños, ya antigua en el país, todos ellos muy tentados á escribir versos, sin que ninguno haya conseguido, como poeta, pasar de la altura de su apellido.

La composición de Julio Calcaño se titula *Acuarela* y está dedicada á un señor *Alirio Díaz Guerra*, que será otro mal poeta regularmente.

De estilo modernista, quiere, por el número de versos y la combinación de los consonantes, parecer un soneto; pero no siendo sus versos endecasílabos, que son los propios del soneto en castellano, sino de doce sílabas... y tampoco de doce propiamente, sino de siete y de cinco escritos cada dos como uno solo, más que á soneto suena á seguidillas mal concertadas.

Empieza así:



«Bajan al mar los rayos del sol *de estío...*»  
Y los del sol de invierno... pues también bajan,  
Siempre que en el trayecto no los atajan  
Las nubes, ó los vates, á su albedrío...

No es este el cuarteto de Calcaño, pero  
tampoco es mejor que éste.

El de Calcaño dice:

«Bajan al mar los rayos del sol de estío  
Y esmaltan de reflejos de oro y *turquesa*  
(¡Buena es esa, Calcaño! Sí, ¡buena es esa!  
La espuma que si el viento las ondas *besa*  
(¿*Besa?*... Pues ya me explico yo la *turquesa*)  
Salta en menudas gotas *cual de rocío.*»

Claro que *cual de rocío* tenían que ser las  
menudas gotas.

Para eso había cuidado el vate de que los  
rayos del sol que bajaban al mar, fueron pre-  
cisamente los del sol *de estío*.

Con un poco de paciencia y otro poco... es  
decir, no, de esto ya no se necesita tan poco,  
sino bastante cantidad... de mal gusto, se  
arregla en seguida un cuarteto de estos se-  
guidillescos y ridículos.

Vamos al segundo de los de Calcaño:

«Hiende Leonor...»

¿Quién será ésta?...

Bueno; ya lo sabremos pronto... ó no lo

sabremos nunca; porque también de esto se  
dan casos.

«Hiende Leonor las aguas á su albedrío...»

Naturalmente.

De henderlas, tenía que ser á su albedrío,  
porque para eso las gotas de espuma eran  
*cual de rocío*, y los rayos que bajaban al mar  
eran *del sol de estío*.

«Hiende Leonor las aguas á su albedrío;  
Y de la fina holanda surgiendo *apriosa...*»

También, naturalmente.

Si había de concertar con *besa* y con *tur-*  
*quesa*, tenía que surgir *apriosa*.

Despacio no valía.

Y por cierto que el *apriosa* es la única pa-  
labra que en ese verso tiene razón de ser;  
aunque no sea más que la razón del conso-  
nante.

Porque todo aquello otro de la *fina holan-*  
*da* no se sabe á qué viene.

Sigamos, á ver:

«Hiende Leonor las aguas á su albedrío;  
Y de la fina holanda surgiendo *apriosa*,  
Alza el botón...»

¿Qué botón será este?... ¿Y quién le al-  
zará?...

¡Dios mío! ¡Si esto es un mar de confu-  
siones!



El vate dice que Leonor, ó *Leonor*, que es como hay que leer para que haya verso, hien- de las aguas á *su albedrío*; pero así hace él también al colocar las palabras. También las pone á su albedrío.

Repitamos:

«Hiende Leonor las aguas á *su albedrío*;  
Y de la fina holandá surgiendo *apriosa*,  
Alza el botón bermejo...»

Bueno; ya sabemos algo más: el botón es bermejo...

Pero no por eso salimos de dudas. ¿Qué tendrá que hacer ahí un botón bermejo?...

A ver si lo acabamos de entender:

«Hiende Leonor las aguas á *su albedrío*;  
Y de la fina holandá surgiendo *apriosa*,  
Alza el botón bermejo como la fresa...»

Sí, es claro: ya no quedaban apenas más consonantes en *esa*...

De modo que casi no tenía el vate más remedio que hacer al botón bermejo como la fresa... ó ponerle en salsa bayonesa...

Pero no es eso lo más malo, sino que seguimos sin entender de este cuarteto nada absolutamente.

Y me temo que el único verso que nos queda por leer no nos va á aclarar tampoco el sentido gran cosa.

Como que dice:

«Sobre la muelle curva su poderío.»

¿Lo entienden ustedes?...

Yo, por mí, no. Ni sé de quién es el *su poderío*, ni de quién es la muelle curva, ni qué curva muelle es la de que se trata...

Amén de no saber tampoco nada del *botón bermejo*, ni del papel que pueda desempeñar ahí la *holandá fina*...

Vamos á volver á leer todo el cuarteto de un tirón á ver si acaso...

«Hiende Leonor las aguas á *su albedrío*;  
Y de la fina holandá surgiendo *apriosa*,  
Alza el botón bermejo como la fresa  
Sobre la muelle curva su poderío.»

Nada; declaro que no entiendo ni una palabra... Y que no he visto en mi vida cuatro versos con menos sentido ni con más disparates.

Parece que Leonor debe de ser una mujer que nada; porque eso puede significar lo de hender las aguas á su albedrío. Con lo cual llegamos al fin del primer verso.

Pero en el segundo nos dice el vate talonario ó calcañesco:

«Y de la fina holandá surgiendo *apriosa*...»

Y aquí ya no se sabe quién surge de la fina holandá, si es la misma Leonor ó es otra persona ú otra cosa.



Viene el verso tercero, en donde dice el vate que

«Alza el botón bermejo como la fresa.»

Y no se sabe qué botón es éste ni quién le alza; pues aunque en el cuarto verso se da á entender que le alza *su poderío*, no se sabe de quién es el poderío, ni cuál es la muélla curva sobre la que *su poderío* (no se sabe de quién) alza el botón bermejo.

Nada, no se sabe nada... más que la cualidad de académico del Sr. Calcaño. Que aun sin saberla se adivinaría leyendo su obra.

Vamos á los tercetos.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma  
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas...»

Hasta aquí tampoco nos dice nada nuevo el vate.

Porque eso de que el sol sea *luciente* es ya muy sabido. Y lo de que sean *verdes* las faldas de los montes, tampoco puede pasar por noticia fresca.

Sigamos.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma  
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas  
Y de las *glaucas* ondas la *blanca* espuma...»

Vamos, esto de las ondas *glaucas*, ya es algo. Pues aunque no sea nuevo del todo, es

bastante feo y ridículo, y váyase lo uno por lo otro.

Pero vamos á ver lo que sale de todos estos preparativos...

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma...»

Esta bruma no es la que cubre el entendimiento del vate, ya lo supondrán ustedes, sino la del mar.

La otra no la rasga ningún sol por *luciente* que sea.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma  
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas  
Y de las *glaucas* ondas la *blanca* espuma,  
Baja el cabello de oro por *sus* espaldas...»

¿Que de quién serán estas sus espaldas?...

Como no parece probable que sean del sol, que es á quien por derecho de sintaxis corresponden, hay que suponer que sean las de Leonor; pero aun suponiéndolo así, y suponiendo que el cabello de oro sea de ella también, ¿qué conexión puede tener esto de que el cabello de oro baje por las espaldas de Leonor, con que el sol *luciente* rasgue la bruma y esmalte las faldas verdes y la blanca espuma de las ondas *glaucas*?

Y, sin embargo, el vate quiere que sea consecuencia lo uno de lo otro, por cuanto dice: *Y como el sol luciente*, etc.; es decir, que sólo porque el sol *luciente* rasga la bruma, etc..., baja el cabello de Leonor por sus espaldas.



¡Qué monada!... Bueno, siga usted, á ver qué sucedió después del encuentro.

«Y al pasar por un bosque bello y frondoso...»

Es claro; habiendo sido el día *muy ardoroso*, el bosque, para concertar, tenía que ser *frondoso*...

Y como este ripio sólo no bastaba por sí para llenar el verso, hubo que meter otro, y así el bosque, además de *frondoso*, fue *bello* por añadidura.

Bello y frondoso.

«Y al pasar por un bosque bello y frondoso,  
Dentro de él se internaron...»

¡Es natural! Lo raro hubiera sido que se hubieran *internado fuera*... ó que se hubieran *externado dentro*.

¡Qué cosas creen necesario enseñar á uno estos vates!

«Y al pasar por un bosque bello y frondoso,  
Dentro de él se internaron...»

Pero si pasaban por él, ya estaban *internadas dentro*. ¿Qué falta hacía decir que se habían internado dentro del bosque, después de haber dicho que pasaban por el bosque?

Eso es decir las cosas dos veces, y debe sa-

ber el Sr. Eudoro que, *verba repetita... generant candore*.

Si hubiera dicho que al pasar cerca de un bosque ó al pasar junto á un bosque *bello*, etcétera, se habían internado en él, estaría bien por este lado. Aunque siempre quedaría la redundancia de *internarse dentro*.

Pero así como lo dice, las redundancias ó los disparates son dobles.

Bueno; quedábamos en que un día de verano muy *ardoroso* se encontraron volando dos *tortolitas*...

«Y al pasar por un bosque bello y frondoso  
Dentro de él se internaron *juntas, juntitas*...»

¡Así! *Juntas, juntitas*...

¡Niéguenme ustedes que esto tiene gracia! El vate pudo haber dicho sencillamente que las tórtolas ó las *tortolitas* se internaron en el bosque *juntas*; pero entonces le faltaba el consonante.

Y fue, y con el mismo derecho que había llamado á las tórtolas *tortolitas*, dijo en vez de *juntas, juntitas*, y quedó el consonante hecho y derecho.

Pero aunque el verso tenía ya consonante, no tenía todas las sílabas necesarias, y para enmendar esta falta, en seguida se le ocurrió al vate poner también el positivo *juntas*, inmediatamente antes del diminutivo *juntitas*.



¡Qué agudeza la suya!

Es claro; con un talento así, no hay dificultades para nada.

¿Que de dos versos que deben aconsonantar sale uno acabado en *rosales* y otro en *pucheros*?... Pues se pone en lugar de *rosales rosalitas*, y en lugar de *pucheros pucheritos*, y ya son todo lo consonantes que se necesita.

¿Que el verso de los *pucheros* queda un poco corto?... Pues se pone en lugar de *pucheritos* á secas, *pucheros pucheritos* y ya queda consonante y relleno en la medida necesaria.

La primera parte del sistema, la de apelar á los diminutivos para hacer consonantes, ya la había usado hace muchos años el marqués de Molins, metiendo en una décima todo aquello del *tordillo*, el *cervatillo* y el *sombrerillo*, con resultado casi satisfactorio, según dije en los *Rípios Aristocráticos*:

Quien sobre el fiero *tordillo*  
Siguiendo la caza os viera,  
Como Diana ligera  
Tras el raudó *cervatillo*,  
Ya perdido el *sombrerillo*..., etc.

Donde se ve con toda claridad que si aquel peludo y ripioso Marqués hubiera puesto las últimas palabras de los versos en su estado llano ó positivo, si hubiera dicho el fiero *tordido*, el raudó *cervato* y el *sombrero*, la décima

se hubiera quedado sin consonantes, mientras que con la industria de usarlas en diminutivo, los tuvo completos.

Ahora, lo de acudir para llenar la medida del verso al recurso de poner antes del diminutivo también el positivo de la misma palabra, *juntas*, *juntitas*, eso no sé que lo hubiera hecho el marqués de Molins ni ningún otro desdichado vate, y me inclino á creer que sea invención de D. Eudoro.

Que ya que no inventó la pólvora ha inventado eso.

Y sigue tan campante con su *Nupcial* en esta forma:

«Me dijo un *pajarito* que no *salieron*...»

Se refiere, por supuesto, á las dos *tortolitas* que, pasando por un bosque, se *internaron dentro juntas, juntitas*...

«Me dijo un *pajarito* que no *salieron*  
De allí *por algún tiempo* las *tortolitas*...»

¡Y dale con los diminutivos... y con repetir los mismos *consonantitos*!

A más de que la sintaxis también deja bastante que desear, porque la frase «*por algún tiempo*» no se puede usar así con negación, como la usa el vate.



Se puede decir: «Fulano se quedó en mi casa por algún tiempo»; mas no se puede decir: «Fulano no se marchó de mi casa por algún tiempo.» En este caso se dice «en algún tiempo».

Vamos adelante:

«Me dijo un pajarito que no salieron  
De allí por algún tiempo las *tortolitas*,  
Y que una *mañanita* las sorprendieron  
Cubriendo dos pichones con sus *alitas...*»

¡Qué lástima que no hubiera dicho también el vate dos *pichoncitos...*! ¡Si le hubiera cabido en el verso...!

Verdad es que tampoco le debió de caber el chisté de la cosa, pues tampoco aparece...

A no ser que esté en los otros cuatro versos que faltan.

Pero me temo que no le vamos á encontrar en ellos tampoco.

Dicen los cuatro últimos:

«¡Cazador! cuando veas que van volando  
*Juntitas* por el aire dos *avecitas...*»

¡Vamos! Y ¿por qué no haber dicho también cazadorcito? ¿Qué privilegio tienen los cazadores para librarse de sufrir en manos de los malos vates la disminución correspondiente?

«¡Cazador! cuando veas que van volando  
*Juntitas* por el aire dos *avecitas*,  
No dispares el arma...»

Mejor sería también el *armita*, ¿eh?

«No dispares el arma, que van buscando  
Lo mismo que buscaban las *tortolitas...*»

Pues nada: no pareció el chiste.  
¡Cuidado que es sosito el Eudorito este!

\* \* \*

Pues tanto ó más es otro vate igualmente venezolano que se llama Jiménez Arraiz, firme de otra composición, llamémosla así, titulada *Bohemio* y fechada en Barquisimeto.

¡Ah...! y escrita para la revista *Ciencia y Letras*.

Comienza de esta mala manera:

«Allí cantando en lo sombrío de un bosque...»

He de advertir á ustedes, ilustrados lectores, pues sin advertírselo ni siquiera lo sospecharían, que ese renglón que acabo de copiar quiere ser un endecasílabo...

Digo, no: él no quiere serlo, ni á tiros; pero quiere el *vate* su autor que lo sea.



Si bien es verdad que lo mismo le da quererlo que no; porque cuando se quieren imposibles así, se queda el que los quiere con las ganas y no se sale con la suya.

Que es lo que le pasa al vate este de Barquisimeto...

Figúrense ustedes cómo había de salirse con su idea de que eso fuera un verso endecasílabo, cuando á lo que más se parece es á dos versos, uno de cinco sílabas y otro de ocho, en esta forma:

«Allí cantando  
En el sombrío de un bosque...»

Dos versos que suman trece sílabas, y que, como ustedes ven, no son malos cada uno en su clase.

Pero meterlos ambos en un solo verso endecasílabo, es tan imposible como meter á Canalejas y á Moret en un Ministerio y hacer que estén á gusto.

Porque tras de tener que hacer dos sinalefas, habría que quitar además el acento en la i de *sombrío*, con el cual no pueden las dos últimas vocales de esta palabra formar diptongo, y ponerle en la o para que el diptongo fuera posible.

Es decir, que sería necesario leer:

«Allí cantand'en lo *sombrío* d'un bosque...»

y eso de poner *sombrío* por *sombrío*, francamente, me parece demasiada licencia.

No olviden ustedes que este es el primer verso de la composición *Bohemio* del vate Jiménez; de manera que, comenzando así, háganse ustedes cargo de cómo será la continuación y el remate.

Sigamos:

«Allí cantando en lo *sombrío* de un bosque...»

¿Que no se sabe quién es el que canta?  
... Bueno, todavía no es tarde; no se impacienten ustedes.

«Allí cantando en lo *sombrío* de un bosque,  
Que hermoso asilo al visitante presta,  
A un joven guitarrista campesino,  
Que asiendo entre los brazos la vihuela,  
Dialogaba con ella cariñoso,  
Pues parecían hablar aquellas cuerdas...»

Malo; este verso también es duro y malo. Ya me parecía á mí que iba tardando en volver á descarrilar el vate Jiménez.

Al cual, además, se le ha ido el santo al cielo y ha concluído la estrofa ó el párrafo y hecho punto final sin concluir la oración ni ponerla de modo que haga sentido.

Porque en los seis versos copiados que forman la estrofa, ó lo que sea, todo se vuelve



¡Mas ah! Esto que era bueno... no sucede.  
Sucedo lo contrario.

El *vate* pone otra pleca como si hubiera  
concluido y lo dejara definitivamente y se  
marchara para no volver... á cantar; pero  
vuelve, sí, vuelve en seguida con esta otra  
tonada:

«Y al suave son de las brillantes notas  
Que volaban, *sonámbulas, dispersas,*  
Huyendo de las *sombras invasoras,*  
Buscando asilo en lo infinito *inquieta*  
(Como la claridad de más arriba  
Y como el *vate Arraiz que no sosiega*)  
Parecían al huir de la guitarra...  
(Verso más largo ¡ay! que la *cuaresma*)  
Parecían al huir de la guitarra  
En lánguido *morendo* las cadencias,  
El *meliflúo registro* de los sueños,  
El *diapasón divino* de la idea,  
El *teclado sublime* de la gloria...»  
Y el diablo que te lleve, *mal poeta;*  
Que nos vas á ensartar más *disparates*  
Que los ríos y el mar tienen de arenas...

Porque cuidado que es amontonar desati-  
nos, todo eso del registro meliflúo y el divino  
diapasón y el sublime teclado.

Y aún no había concluido.

«El *meliflúo registro* de los sueños,  
El *diapasón divino* de la idea,  
El *teclado sublime* de la gloria,  
Que en *voladoras, fulgidas* endechas,  
*Gallardas, lisonjeras, brilladoras,*  
Besaban *retoyando* mi cabeza...»

¡Y qué descansada le habrá quedado!  
Como que en cuanto ha concluido esa es-  
trofa vertiginosa é interminable, sale otra vez  
y exclama:

«¡Quién pudiera *cantar así cantando!*...»

¡Está bien!... *Cantar así cantando!*...

Y vamos andando...

Y veremos que el *vate*, después de otra es-  
trofa muy parecida á las anteriores, se enca-  
ra con los transeuntes y les dice:

«Guardad silencio los que halléis al paso  
Al músico cantor de la vihuela...  
Callad, que no sabéis qué noble musa  
En esas notas lo infinito besa.  
Quizá sea el estro *redentor* del siglo  
Que demoliendo tradiciones llega...»

¿Sí? ¡Pues vaya una manera de redimir!  
¡Demoliendo tradiciones!... ¡Así estamos y así  
está el siglo de redimido!...

«Quizá sea el estro *redentor* del siglo  
Que demoliendo tradiciones llega,  
Y levanta su tienda de bohemio...  
¡Oid! ya el campo triunfador resuena.  
Ella es, ella es; callad y arrodillaos...»

Sí, para que pase ese verso más largo que  
una procesión...

Aunque mejor sería que el *vate* nos hubie-



ra mandado sentarnos, porque el verso ese tarda tanto en pasar...

¡Qué oído el del vate de Barquisimeto, qué oído!...

«Ella es, ella es...»

Un heptasílabo completo.

«Callad y arrodillaos...»

Otro heptasílabo.

Total, catorce sílabas...

«Callad y arrodillaos: ella es, ella es...»

¿Lo ve usted, vate?

Un alejandrino perfecto.

Y usted quiere hacer de él un endecasílabo...

Es claro: comiéndose la mitad de las vocales...

Para que lo fuera, había que leerle así:

«¡Ellés ellés: callad y arrodillaos...»

De hinojos recibid la *musa nueva*!

¡Por que usted lo mande!

Pues no nos da la gana de recibirla de hinojos.

La recibiremos á latigazos, y aun á punta-piés, si se pone demasiado cerca.

¡Vaya enhoramala!

La musa demoledora de tradiciones y fabricadora de disparates como esos de usted y otros muchos, no merece otro recibimiento.